

Humb. Díaz - Casanueva.

Canción del hombre estéril

TENERTE entre mis brazos para que el viento sacuda
la ramazón infinita de mis besos.

Tenerte entre mis brazos y crucificar mi amargura
sobre el madero fibio de tu deseco.

Mujer mía, porque entre mis brazos te tengo;
mía, y mi palabra suena a la distancia.
Pienso que estoy delante de un espejo
con las manos amarradas a tu alma.

Soy la pregunta que no recoge nadie,
la palabra sin nexa, encerrada en la isla,
y porque tú me estrechas y ni siquiera lo sabes,
te murmuro al oído mi palabra infinita.

Que no lo sepas nunca.

Cuando miras el árbol de otoño,
tú no puedes saber si se dará en la fruta;
cuando nos vamos sumando nuestros pasos,
no lo puedes saber.

Que no lo sepas nunca.

Yo sé que cuando te florece el instinto,
me miras en los ojos y crees sorprender en ellos
la sombra blanca y frágil de nuestro hijo.
Niego a nuestro hijo. Yo jamás lo espero.

Nunca lo he esperado. Niego a nuestro hijo.
Yo no seré la semilla, tú no serás la tierra;
está de más el rubio sol amigo
y de más está también la lluvia buena.

Me apartaré de ti como de las otras
y nunca sabrás por qué a veces me callo;
se anidó en mi vida un pájaro de sombra,
sus alas ciegas me apartan de tu lado.

Enredadera azul terciada entre mis brazos
te dejaré en otros brazos y te miraré de lejos...
—Así dicen los marinos que abandonan los puertos.
Miran pañales tibios haciendo señas de duelo—

Mas, durante esta luna te tendré entre mis brazos
exprimiendo la fruta olorosa de tu beso,
mientras araña con sus garras de llanto
sobre tu carne blanca, mi deseo.